

La Evangelización de la Pobreza y la Cultura del Mercantilismo

Antonio González Dorado, S.J.

Introducción.

La denominada en América Latina "cultura adveniente universal", de la que hace referencia el Documento de Puebla (421-428), continúa su penetración hasta los últimos rincones del Continente.

1. De una manera especial se manifiesta y ejerce su influencia en las ciudades, dado que la ciudad es el motor de la nueva civilización universal (DP 429).

Esto origina unas relaciones dinámicas muy estrechas entre la nueva cultura y las ciudades latinoamericanas trastornando "los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, la organización de trabajo. Se trastornan, por lo mismo, las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana" (DP 431).

2. Entre estas modificaciones profundas, que se advierten en nuestras urbes, aparecen dos que motivan una especial preocupación: el incremento constante de las concentraciones urbanas y los índices de desocupación de su población en edad laboral.

Nos hacemos dos preguntas: ¿Continuará, en un futuro inmediato, el incremento poblacional de nuestras ciudades y el flujo migratorio del campo a las urbes? ¿Cuáles son las previsibles posibilidades de trabajo para la población urbano-laboral? ¿Vamos hacia una desocupación de las masas?

3. Las respuestas son sencillas, sin necesidad de recurrir a complicados cuadros estadísticos, si se tienen en cuenta las exigencias progresivas del imperante sistema comercial-industrial y la acelerada sofisticación técnica por la que se encuentra dinamizado, que sustituye —en general, con grandes ventajas económicas—, el trabajo del hombre por el trabajo de las máquinas y de los robots.

La industrialización del agro incrementa la rentabilidad de éste y desplaza a la población campesina hacia las ciudades. La progresiva tecnificación de los servicios y de la industria urbanas, promueve la desocupación de los trabajadores.

En las regiones del primer mundo el fenómeno, sin desconocer los problemas que plantea, se observa con un cierto optimismo, lo que permite

hablar de la futura "civilización del ocio". En nuestro Continente como, en general, en las zonas australes del mundo, lo observamos como una peligrosa palanca que tiende a incrementar la brecha entre ricos y pobres, acelerando la trágica "civilización de la pobreza".

4. Nos encontramos ante un acontecimiento planetario que, expresado con la intuición de Toynbee, consiste en el aumento de la potencia tecnológica inscrita en el dinamismo de una determinada cultura.

Dicho acontecimiento tiene repercusiones similares en todos los Continentes. La población del mundo tiende a concentrarse en urbes que dejan de ser ciudades —según los tradicionales modelos—, para transformarse en megápolis, que se constituyen, a su vez, en núcleos generativos de las futuras ecumenópolis del siglo XXI. Al mismo tiempo, amplias masas de la humanidad son desplazadas hacia la región del "ocio".

Pero, mientras desde el primer mundo el "ocio" emerge como un horizonte de liberación del hombre, desde los otros mundos el mismo "ocio" se perfila como una amenaza que sepulta a los pobres en una desocupación empobrecedora.

En esta segunda corriente se encuentran navegando las ciudades de América Latina, lo que ha sido confirmado ya de alguna manera por el Banco Mundial en su *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1984* al constatar que "las grandes diferencias absolutas en cuanto ingresos medios entre países desarrollados y en desarrollo han persistido, e incluso aumentado, desde 1950".

5. Puede suceder que, en los años inmediatos, coyunturas inesperadas enmascaren o suavicen el verdadero problema que ya estamos viviendo y que tiende a agudizarse. Por ese motivo, desde nuestra preocupación pastoral, me parece más oportuno el aclarar la relación "nueva cultura adveniente-ciudades latinoamericanas" desde un punto de vista estructural, que manifiesta una orientación dinámica constante que tiende a incrementar "los efectos de una industrialización descontrolada y de una urbanización que va tomando proporciones alarmantes (DP 496). Se trata de la relación fundamental en la que se realizan "las estructuras generadoras de injusticia" denunciadas por Puebla (DP 437).

6. Para desarrollar el tema, intentaré en primer lugar, caracterizar la "nueva cultura adveniente", como factor desencadenante de un proceso. Posteriormente procuraré aclarar los dinanismos desencadenados en nuestras ciudades por la nueva cultura, atendiendo fundamentalmente a los consecuentes fenómenos urbanos y laborales.

Por último, enfrentaré algunos de los desafíos pastorales ante los que se encuentra la Iglesia dentro de este específico contexto.

I. La Nueva Cultura Adveniente

La palabra "cultura", dado el significado académico más tradicional, puede encubrir el tema del que estamos tratando.

De hecho, cultura es el modo de enfrentarse a la vida y a la historia que tiene un pueblo determinado. Implica una concepción de la vida, un proyecto histórico y un sistema de instituciones mediante las cuales el proyecto se hace operativo y viable.

Cuando hablamos de la "nueva cultura adveniente" hacemos referencia desde América Latina a una cultura septentrional bien caracterizada, bipolarmente tensada en la conocida relación Este-Oeste y que consciente y sistemáticamente invade la zona austral de nuestro mundo, originando la segunda bipolaridad Norte-Sur. Puebla agudamente la presenta como "la cultura urbano-industrial, inspirada por la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y marcada por las ideologías mencionadas (liberalismo capitalista y colectivismo marxista), con pretensiones de universalismo" (DP 421).

Anteriormente, en el mismo documento, se afirma que "la cultura urbano industrial, con sus consecuencias de intensa proletarización de sectores sociales y hasta de diversos pueblos, es controlada por las grandes potencias poseedoras de la ciencia y de la técnica. Dicho proceso histórico tiende a agudizar cada vez más el problema de la dependencia y de la pobreza" (DP 417).

La configuración de esta cultura se ha realizado a través de muchos siglos, y es oportuno recordar su génesis para poder comprender y confirmar sus características fundamentales, que corresponden a una tabla operativa de valores.

1. Origen europeo de la nueva cultura adveniente.

a. Nacimiento del mercantilismo.

La nueva cultura nace en Europa en el siglo XII, en el que se realiza la denominada "revolución comercial" que va acompañada de una "revolución urbana" y de una "revolución científica". Estamos ante el nacimiento del *mercantilismo*.

Estos hechos establecen la primera crisis del feudalismo y abren el camino hacia la formación de las nuevas nacionalidades europeas.

Las nuevas ciudades establecen su importancia por su abertura a un comercio internacional. Su valor queda determinado por el nivel de control de las finanzas, de los productos y de los mercados. Así surge frente a la nobleza feudal la burguesía ciudadana, que inicia una nueva manera de adquirir el poder.

Simultáneamente se inauguran las universidades, en las que se inicia una nueva corriente científica, la del *naturalismo* que, poniendo entre paréntesis —al menos metódicamente— lo religioso y lo sobrenatural, se orienta a la investigación e información de la naturaleza, lo que permitirá la aparición de una nueva generación de inventores. Son nuevas actitudes y factores que contribuirán al mejoramiento y expansión de los mercados.

La seguridad de estas nuevas ciudades mercantilistas se apoyará en un *ejército modernizado* —económicamente apoyado en financieros y comerciantes—, y en alianzas en las que interviene el juego de los nuevos intereses.

b. *Las hegemonías intraeuropeas.*

La dinámica de la nueva corriente cultural mercantilista determina la lucha entre las nuevas naciones por alcanzar el *poder hegemónico*, lo que hace naufragar definitivamente al feudalismo y al Imperio Medieval soñado por Carlomagno. Es la época de las monarquías absolutas rodeadas de una nobleza cortesana, pero condicionadas a las exigencias de financieros y mercaderes que imponen la *prevalencia de una política monetaria*.

c. *Los nuevos imperios coloniales.*

Los avances técnicos de la navegación, las exigencias exclusivas del sistema mercantilista, y el desgaste de las luchas hegemónicas explican la aventura de los descubrimientos geográficos. Surge un nuevo modelo, dentro del sistema, para garantizar la hegemonía de los diferentes estados en Europa: el Imperio Colonial.

Se trata de una nueva institución político-mercantil en la que se establecen unas originales relaciones entre la metrópoli y las lejanas colonias. Estas serán más estimadas si ofrecen metales preciosos, oro y plata, que se han constituido ya en los patrones del sistema económico de la nueva cultura. Las colonias abren también las posibilidades de un comercio interior muy favorable a la balanza de las metrópolis.

El control absoluto del sistema es mantenido por la metrópoli, y los centros coloniales quedan cualificados por una evidente heteronomía.

d. *La revolución industrial.*

En las últimas décadas del siglo XVIII, con el descubrimiento de la máquina de vapor, se inicia en Europa la "revolución industrial". Viene acompañada de una nueva "revolución urbana", mucho más radical que la del siglo XII, y por una "revolución política" que determina el acceso de la burguesía al poder bajo el signo del "liberalismo", que ha de interpretarse como "liberalismo capitalista".

La revolución industrial posibilita, por vez primera, que la burguesía no sólo controle el mundo de las finanzas y del comercio, sino también

la herramienta productiva de los productos manufacturados, que comienzan a tomar una sobrevaloración sobre las materias primas y sobre los productos agropecuarios. Era la derrota definitiva de la nobleza feudal y cortesana ante una burguesía cualificada como financiera, industrial y mercantil, a cuyo servicio quedaba subordinada la investigación, la técnica y la información.

De esta manera quedaban configuradas las nuevas bases del poder político, un poder de configuración europea y burguesa, que se articula mediante partidos y división de poderes en una ambigua democracia "capitalista".

Curiosamente en esta época se inicia el proceso de independencia política de América. Pero las bases últimas del poder político habían cambiado sutilmente y la colonización no iba a desaparecer, sino que se iba a transformar en una neo-colonización, cambiando sus centros de dependencia y acorde con el nuevo modelo economicista de la política.

Por distintas razones, sólo en Africa se intentaron repetir los viejos esquemas de la colonización americana, que hicieron definitivamente crisis después de la segunda guerra mundial.

e. *Conflictos sociales en la metrópoli europea.*

El triunfo de la burguesía en Europa puso en evidencia la importancia del control del capital y de los medios de producción, dado que en dicho control se encontraban las bases del moderno poder político.

Los abusos iniciales de un capitalismo manchesteriano —encubierto bajo fórmulas de democracia formal—, originan los conflictos sociales europeos que desembocan en conflicto político, polarizado por los dos extremos: liberalismo y socialismo, adquiriendo éste su expresión más radical en el marxismo y en el comunismo.

El problema quedaba planteado sobre quiénes debían ejercer el control sobre el capital y los medios de producción y, consiguientemente, sobre el poder político: si la burguesía, representante del capital, o el proletariado, constituyente del mundo laboral. Ese es el motivo de que una problemática aparentemente social, económica y laboral alcanzase la importancia de una problemática política.

Lo que es evidente es que esta problemática social y política en Europa nunca sometió a revisión el sistema economicista y metropolitano-colonialista en el que se había desarrollado.

f. *La configuración de los nuevos imperios.*

Prescindiendo de los complejos procesos intermedios, la segunda guerra mundial permite la polarización de los dos nuevos imperios del Norte, representantes de los dos sistemas (liberalismo capitalista y comunismo) sobre una Europa dividida: Estados Unidos y Rusia. Ambos

se consideran los depositarios de la nueva cultura europea, aunque con sistemas políticos y sociales radicalmente distintos. Pero no son sólo sistemas enfrentados, sino que procedentes de una misma cultura mantienen aspiraciones hegemónicas planetarias. Son fundamentalmente las grandes potencias que controlan e impulsan la nueva cultura, como nos indicaba el Documento de Puebla (417 y 421).

2. *Caracterización de la nueva cultura adveniente.*

La profundidad de este proceso histórico desarrollado en Europa ha originado una nueva cultura con sus propias instituciones y con sus propias formas de relacionarse el hombre con la naturaleza, con los hombres y con Dios.

Intento una caracterización de esta cultura en orden a la comprensión de los efectos que desencadena en América Latina y especialmente en nuestras ciudades.

a. *El mercantilismo como núcleo de la nueva cultura.*

La revolución comercial del siglo XII marcó tan profundamente al hombre europeo, que la considero la matriz cualificante de la nueva cultura. Se la podría denominar la cultura del mercantilismo.

El comercio y el mercado, que de suyo es un servicio de complementariedad humana en una economía abierta, se transforma en mercantilismo cuando el lucro del mercader se constituye en el valor rector del sistema. El lucro, cuando se constituye en el valor, origina un tipo de economicismo específico, característico de la nueva cultura: el economicismo mercantilista.

Desde el mercantilismo la naturaleza —e incluso, el mismo hombre—, se unidimensionaliza en materia, material y mercancía. El valor de las cosas queda determinado por su valor económico, es decir, por el potencial de lucro que en ellas se encierra. Se ha originado de esta manera una escala de importancia de *las cosas* (objetos y servicios) como mercancías, dentro de la cual el convencional dinero se ha transformado en la más importante de todas las mercancías.

Las relaciones entre los hombres se establecen dialécticamente entre mercaderes y clientes, que se subdividen con relación al mercader en productores y consumidores. La clave axiológica de este nuevo sistema antropológico es el mercader, que es el que logra acumular más lucro y *tener más*, lo que le confiere el poder del rey Midas de poderlo transformar todo en mercancía en su propio beneficio. Surge así una vulgarizada filosofía: "tanto vales cuanto tienes". Pero el hombre más valioso es el que logra el dominio y el control del tener, porque le permite el dominio y el control sobre los demás.

El peligro principal que se yergue frente al mercader es *la competencia*, es decir, el "otro mercader", quedando como únicas posibilidades de

solución entre los mercaderes la hegemonía, las alianzas o la guerra realizada de distintas maneras, pero respetando siempre la distinción entre mercaderes y clientes.

Con relación a Dios, el mercantilismo engendra la cultura del secularismo, dado que Dios deja de ser necesario porque no es necesario para la historia del comercio, que se desenvuelve autonómicamente en el juego de mercaderes y clientes, independientemente de sus creencias religiosas. El fenómeno religioso es mirado por el sistema con benevolencia cuando, de diferentes maneras, puede ser manipulado hasta transformarlo también en "mercancía". Pero es violentamente rechazado cuando se constituye en conciencia crítica de la cultura mercantilista o cuando entra en alianza con uno de los sectores de los mercaderes en conflicto.

b. *El mercantilismo y el poder político: Los Estados Mercantilistas.*

El triunfo político de la burguesía, que queda especialmente simbolizado en la Revolución Francesa, origina una nueva configuración del poder político en el contexto de la cultura mercantilista.

Este queda inscrito en un cuadrilátero, cuyos cuatro vértices son: las armas, la economía, la investigación y la técnica, y la información.

Estos cuatro vértices no son independientes sino que se encuentran relacionados entre sí, y son interpretados simultáneamente como mercancías, y como las cuatro mercancías fundamentales que siendo poseídas y controladas garantizan el poder del mercader y del Estado-Mercader.

En la ideología del liberalismo capitalista el Estado se constituye en la garantía del juego libre de los mercaderes. En el marxismo el Estado alcanza el monopolio del mercado, constituyéndose en el único Mercader.

Los Estados-Mercantilistas, por exigencias internas del propio sistema, tienen que enfrentar dos problemas fundamentales: el de la competencia hegemónica entre las grandes potencias, y el de la estabilidad interna.

El problema de la competencia hegemónica no tiene otra alternativa de solución que la denominada "carrera" —bien sea armamentista, económica, técnica o informativa—, en el horizonte de una progresión indefinida, que intenta justificarse y popularizarse mediante los acrílicos slogans del "más" y del "mejor": poder más, tener más, consumir más, vivir mejor. No podemos olvidarnos en este caso que la vida está interpretada y significada en la cultura mercantilista, que implica la producción y el consumo.

La seguridad interna de las grandes potencias mercantilistas exige una estabilidad social interna. Esto implica un consenso de la ciudadanía en el proyecto mercantilista de la sociedad, pero simultáneamente la consecución de un estado cada vez más rico —en orden a poder mantener

su hegemonía— y de una población también cada vez más rica, es decir con mayores posibilidades de usufructuar mercancías y las mejores mercancías y las más variadas mercancías, bien sean objetos o servicios.

c. *El Mercantilismo Colonial: Una Cultura Sintáctica.*

El intrínseco dinamismo expansivo del mercantilismo, y la exigencia de las grandes potencias a constituirse en estados cada vez más ricos con una ciudadanía cada vez más rica, históricamente ha desembocado en el nacimiento de una cultura colonial, que se tensiona en la sintaxis subordinada de cultura metropolitana y cultura de colonias.

En efecto, a las grandes potencias metropolitanas se les plantea un agudo problema: ¿Cómo se puede conseguir un estado cada vez más rico y una ciudadanía indefinidamente más rica también? La única posibilidad es mediante la expansión de su mercado fuera del propio territorio, pero sin perder la hegemonía de naciones mercaderes, constituyendo a los otros países en productores y consumidores, en clientes subordinados, en colonos al servicio del lucro cada vez mayor que necesitan las metrópolis.

Esto explica las tres notas más importantes de la nueva cultura adveniente que ha indicado el Documento de Puebla: Es una cultura que pretende ser *universal* (421), *impulsada* (421) y *controlada* por las grandes potencias (417).

El mercantilismo histórico, transformado en cultura, no tiene la característica regional de las culturas tradicionales. Pretende hacerse cultura geográficamente planetaria, engendrando al mismo tiempo “un estilo de vida total que lleva consigo una determinada jerarquía de preferencias y valores” (DP 423). Las culturas particulares tienden a ser reducidas a la mercancías del folclor. Desde esta perspectiva podemos denominarla como una cultura etnocida.

El universalismo tiende a propagarse no por el mero contacto intercultural, sino que es positivamente impulsado por las grandes potencias mercaderes que pretenden hacer del resto de la humanidad sus clientes, en el significado anteriormente apuntado. Por eso, las grandes potencias generadoras de la nueva cultura, que transmiten sus ideales, sus valores, sus ideologías, sus instituciones y sus propios sistemas de vida, constituyéndose en los modelos y pedagogos de la nueva civilización. Esto asegura la sobrevaloración de sus propias mercancías en el mercado exterior.

Pero al expandirse la cultura del mercantilismo, ésta, por exigencias internas del mismo sistema, tiende a fracturarse en culturas contraladoras y en culturas controladas.

Las grandes potencias, “poseedoras de la ciencia y de la técnica” (DP 417) desarrollan la cultura del control. Este control, en función del crecimiento del propio lucro y consiguientemente del poder hegemónico,

se extiende en primer lugar a los vértices del cuadrilátero en los que se apoya el poder político del mercantilismo. Dicho control se realiza tanto con la política del "secreto" —secretos militares, técnicos, investigativos, informativos—, como con la utilización de un instrumental cada vez más sofisticado y costoso, y también mediante pactos de no proliferación indiscriminada de determinados avances.

Simultáneamente, el control se extiende a los países-clientes y a las naciones-mercancías. Las colonias son entidades heterónomas con relación a los centros neurálgicos de la cultura mercantilista.

La cultura mercantilista controlada es la única que se puede desarrollar en la periferia. Viven del mito central del desarrollo económico: países cada vez más ricos, con mayor riqueza estatal y con mayor riqueza ciudadana. Pero se olvidan que al incorporarse no sólo al sistema mercantil internacional sino también a la "cultura del mercantilismo", han renunciado a su propia autonomía y a su propia originalidad cultural, quedando constituidas en clientes y en mercancías, y siempre amenazadas por las exigencias del incremento necesario de lucro que tienen las grandes potencias para mantener su propia hegemonía. Esto origina desequilibrios sociales internos, que son aprovechados por las potencias hegemónicas en competencia, en orden a conseguir nuevas áreas de mercado y de influencia, o a desestabilizar el área del competidor.

Las características de la cultura mercantilista de las neo-colonias son las siguientes: cultura orientada hacia lo exterior y lo foráneo; cultura de "mimetismo"; cultura heterónoma en sus posibilidades de desarrollo y, consiguientemente, cultura siempre amenazada en función de intereses ajenos.

d. *El Mercantilismo: La Cultura del Enriquecimiento y de la Depauperación.*

Si el comercio es una noble función humana que tiende a establecer la comunión y la participación de la comunidad humana en los bienes y servicios de este mundo, sin embargo, el mercantilismo es una ruda cultura en la que se desarrolla la dialéctica del enriquecimiento y del empobrecimiento, ya que está regida por férreas leyes económicas entre las que prevalece la ley de la acumulación y del lucro, como garantía del poder hegemónico.

La contradicción interna de esta cultura consiste en que mientras desarrolla el "valor" del enriquecimiento indefinido a todos los niveles, ya que los países y los hombres que tienen y son capaces de tener más son los que valen —de ahí el nuevo valor del hombre "consumista"—, simultáneamente es selectiva en favor de los más fuertes, haciendo que los débiles cada vez se encuentren en peor situación, ampliando constantemente la brecha entre ricos y pobres, que axiológicamente quedan marcados como los que valen y como los que no valen, siendo estos reducidos

progresivamente a la categoría de "mercancía", una forma moderna de restablecer el antiguo *mancipium* romano.

e. *Una valoración de la nueva cultura.*

Las reflexiones que hemos hecho hasta este momento podrían suponer en algunos que tengo una visión totalmente negativa de los avances y progresos que el hombre ha hecho.

Creo que es evidente para todos el valor de la ciencia y de la técnica, y el crecimiento que ha tenido durante todos estos años. Son importantes los avances que se han realizado en la comunicación planetaria facilitando un mayor contacto y colaboración entre todos los hombres.

Lo que no se puede aceptar de ninguna manera es que todo esto haya quedado incorporado sutilmente en el universo de una cultura mercantilista y de un mercantilismo histórico con las características que hoy son evidentes para todos y que, acercándose a América Latina, con el señuelo de su modernización y desarrollo, la sumerge cada día en contradicciones más profundas y la proyecta a horizontes más peligrosos.

Por este motivo, me propongo ahora clarificar, desde mi punto de vista la incidencia de esta nueva cultura adveniente en las ciudades latinoamericanas.

II. Las Ciudades de América Latina en el Contexto Norte-Sur

Caracterizados el núcleo y la dinámica de la nueva cultura adveniente, volvemos nuestra atención a la comprensión de las ciudades latinoamericanas, que nacieron en régimen colonial y que se han continuado desarrollando en el contexto de una estructura neocolonial, lo que nos fuerza a calificarlas como "ciudades coloniales" y, consiguientemente subordinadas al dinamismo de los centros metropolitanos y a los intereses de la cultura adveniente.

1. *Origen de las ciudades latinoamericanas.*

El Continente que hoy denominamos América Latina, en contraposición de la Amerindia precolombina, nace en un sistema de régimen colonial bien caracterizado y, en general, muy diferente al establecido por los países europeos en Africa y en Asia durante los mismos siglos.

En efecto, la conexión entre los países europeos y los territorios africanos y asiáticos fue siempre parcial, ocupando puntos estratégicos y privilegiados que permitían el mantenimiento de un comercio entre los diferentes Continentes.

a. *Características de la colonización latinoamericana.*

Sin embargo, la colonización de América Latina pretendió siempre ser total con una ocupación de todo el Continente bien caracterizada en su origen y en sus consecuencias.

Desde el primer momento se trató de una clara ocupación política con la intención de integrar los nuevos territorios a la Corona y de transformar a la población indígena en vasalla de Su Majestad. De esta manera el centro "nacional", el supremo poder político, quedaba situado fuera del Continente.

La ocupación política llevaba consigo la implantación de nuevos intereses —intereses foráneos y metropolitanos—, de una nueva cultura adveniente con sus correspondientes instituciones y técnicas propias y originales.

La administración de Ovando en la Hispaniola (1502-1509) introdujo una serie de principios que servirían luego de orientación durante todo el período colonial. Las condiciones de factibilidad condujeron prácticamente a la combinación de un original sistema feudatario —que garantizaba la estabilidad en el Continente—, con un sistema de comercio colonial evidentemente subordinado a los intereses de las metrópolis.

Esta nueva política condujo a una reorganización del espacio acomodada a los objetivos políticos de la metrópoli. Así surgieron los centros administrativos, los centros mineros y los puertos como elementos fundamentales de la nueva estructura.

De esa manera aparecen las grandes ciudades político-administrativas-militares de la colonia: México y Lima, Buenos Aires y Bogotá, Santiago, Quito y Guatemala, que fueron centros intermediarios entre la política imperial de España y el sistema productivo —minero y agrícola-ganadero—, de sus territorios.

El comercio y la comunicación determinaron la fundación de Veracruz, Cartagena, Portobelo, Panamá, La Habana, Callao, La Guayra, Santo Domingo, Campeche, Acapulco, Guayaquil, Valparaíso y otros.

Los nuevos intereses metropolitanos instaurados en el Continente, la reorganización del espacio, la implantación de una nueva cultura y de unas nuevas técnicas repercutieron enérgicamente sobre la población indígena. Así se impusieron corrientes migratorias hacia los nuevos centros de interés. Se exigió una readaptación acorde a las exigencias de la nueva cultura y de las nuevas técnicas. Se estableció una estratificación de la población: españoles o portugueses, criollos, mestizos, indígenas y esclavos negros. Los indígenas y los negros quedaron situados en la base del sistema, como mano de obra barata, e ideológicamente minusvalorados dentro de una antropología marcadamente colonial, en la que la colonia es valorada en función de la cultura metropolitana.

b. *Rasgos de las ciudades latinoamericanas durante la colonia.*

Las nuevas ciudades se estructuraron y organizaron conforme a los intereses y patrones de la nueva cultura metropolitana, predominando los fenómenos de transculturación sobre los de inculturación.

En ellas sobresale su carencia de autonomía, dado que se trata de ciudades coloniales o dependientes. En orden a poder mantener esta situación y, conformes a las exigencias de la cultura europea, las metrópolis son celosas en retener el control de las claves de la superioridad cultural dentro de la propia metrópoli, al mismo tiempo que se supervisa con cuidado las migraciones hacia el Continente.

Las responsabilidades más importantes en el ejército, la organización, la administración y el comercio son confiadas a hombres fuertes y de absoluta garantía, generalmente metropolitanos y, en la medida de lo posible, conectados con la nobleza y juramentados con la fidelidad a la corona.

La población especialmente indígena y los negros quedan desarmados o total o relativamente, ya que no tienen acceso a las nuevas técnicas del armamento. Se les mantiene en puestos secundarios y reducidos a mano de obra barata. En una oportuna proporción se intenta establecer un sistema similar incluso para los mismos criollos.

Simultáneamente se exige a las ciudades, como a todo el resto del Continente, un autoabastecimiento para cubrir las necesidades primarias. Pero se establece un comercio en el que las ciudades garantizan a la metrópoli la exportación de las materias primas más codiciadas en el sistema, especialmente metales, compensado por la importación de productos de manufactura metropolitana, que en muchos casos sirven para mantener la misma estabilidad y dependencia de las colonias, como sucede con los envíos de pólvora y de armas. Este comercio se hace tanto más desequilibrado en favor de la metrópoli, en cuanto que canaliza los impuestos fiscales coloniales, favoreciendo el incremento del gasto público de unas metrópolis que se desangran en guerras para poder mantener su hegemonía en Europa.

2. *Las ciudades en la formación de las nuevas nacionalidades.*

La independencia política del Continente se realiza en plena época de la revolución industrial europea y del triunfo del liberalismo burgués.

a. *Características de la Independencia Política.*

La independencia latinoamericana fue fundamentalmente realizada por el criollismo consciente de su madurez frente a unas metrópolis decadentes en Europa y que ya habían perdido la hegemonía.

El momento del nacimiento de las nuevas nacionalidades es muy característico. Son naciones que nacen desindustrializadas, en plena revolución industrial, y que se desprenden de una matriz también industrialmente retrasada por diferentes motivos, que no son ahora del caso recordar.

La estructura fundamental sobre las que quedan constituidas estas naciones es una estructura feudal agropecuaria y minera, que había sido favorecida y desarrollada por el sistema de encomiendas. Al pretender asumir las nuevas formas políticas del liberalismo capitalista impuesto por la burguesía en Europa, la denominada democracia partidista, se encuentra en la práctica con serias dificultades, originándose los caudillismos, repetidamente denunciados en el Continente, pero que en la mayoría de los países no han logrado ser superados.

La necesidad de modernización del Continente lo orienta necesariamente en su mercado y comercio exterior, independientemente de los problemas afectivos que se originan en todo proceso de independencia, hacia los nuevos centros en los que se realiza la revolución industrial, especialmente hacia Inglaterra y Francia, países que comienzan a conformar sus nuevos imperios, después de haber conseguido la hegemonía en Europa. Las naciones latinoamericanas continuarán intercambiando sus materias primas por productos manufacturados, armamento moderno y asistencia técnica. Esto atrae firmas extranjeras financieras y comerciales, con las que se agilizan los intercambios y se incrementa la dependencia neocolonial. Será un momento en el que jugará un papel muy importante la masonería, la célebre sociedad secreta de la burguesía puesta al servicio de los intereses metropolitanos, favoreciendo revoluciones internas y luchas entre caudillos.

b. *Las ciudades durante los procesos de independencia.*

Las ciudades, especialmente las capitales de las nuevas naciones, se constituyen en los centros de la nueva política y de la administración. Pero, a excepción de la tradicional artesanía, continúan desindustrializadas, y el imperante feudalismo mantiene la distribución de la población entre las áreas rurales y urbanas sin desencadenar procesos migratorios importantes. Mantienen un comercio internacional con los nuevos centros imperiales que en realidad siguen controlando la economía, las armas, la investigación y la técnica, y la información.

Incluso las nuevas urbanizaciones que se originan por migraciones europeas entre 1870 y 1914, principalmente en el litoral de la Argentina, Cuba, Uruguay y Sur del Brasil se reducen a ser nuevos centros dentro del sistema establecido.

Sólo a partir de la Primera Guerra Mundial, en varios países se instalaron algunas industrias livianas como intento de sustituir algunas importaciones y destinadas a servir a un sector reducido de sus poblaciones nacionales.

3. *Las ciudades a partir de 1945.*

Al terminar la Segunda Guerra Mundial se establecen los nuevos imperios del Norte. Las consecuencias van a ser inmediatas para América Latina y especialmente para sus ciudades.

a. *La industrialización de América Latina.*

En esta época coinciden dos intereses: la necesidad de los nuevos imperios de establecer sus propias áreas neocoloniales, y la exigencia interna de las naciones latinoamericanas de incorporarse a la industrialización, dado que hasta entonces estaban limitadas a la exportación de algunos productos primarios y sujetas a un permanente deterioro de su intercambio.

Se establecen las nuevas relaciones bajo el signo mágico del "desarrollo económico". En orden a obtener este desarrollo se articulan cuatro medios fundamentales: los grandes empréstitos, la implantación de las multinacionales, las ayudas técnicas y las concesiones dependientes de determinadas marcas, y el acceso, en general, de capitales extranjeros. Como compensación y garantía de seguridad se establecen alianzas de mercado, concesiones de determinadas explotaciones, seguridades de estabilidad política, y los controles necesarios en diferentes órdenes.

En realidad se trataba de alcanzar una industrialización de segundo orden, dado que es principio del sistema imperial europeo el mantener la propiedad y el control de los cuatro vértices del cuadrilátero en los que se apoya la nueva concepción del poder político asegurando la hegemonía establecida.

b. *El impacto en las ciudades.*

Inmediatamente comenzó a notarse el impacto del fenómeno en las ciudades que se mecanizan, se industrializan y se agigantan desproporcionadamente.

En efecto, la industrialización urbana incrementó la crónica crisis rural movilizandando importantes migraciones hacia las ciudades, con la esperanza de poder alcanzar mejores condiciones de vida.

En realidad la afluencia de población ha sido, en general, superior a las posibilidades de asimilación de la nueva industria en desarrollo. Las condiciones de vida muy inferiores a las esperadas, dado que el nuevo sistema industrial tenía que ingresar, no obstante ciertas leyes proteccionistas, en un mercado competitivo, en el que era necesario abaratar el producto en un período de acelerado y costoso equipamiento, y de absoluta dependencia financiera y técnica del exterior. Además, los continuos avances técnicos del centro, originan la necesidad de una industria en continua renovación, lo que hace que la situación inicial se constituya en endémica.

Todo esto ha originado una desorganizada remodelación de las ciudades con una población visiblemente estratificada y sujeta a todo tipo de conflictos sociales.

4. *Proyección de futuro.*

La proyección de futuro de nuestras ciudades, e incluso de todo el Continente, hay que realizarla en la perspectiva de esta relación estructural que establecimos al principio entre la nueva civilización adveniente y la situación real de nuestras ciudades.

a. *Resultados del proceso seguido.*

Los resultados del proceso hasta ahora seguido son evidentes para todos. El problema más agudo, que se debate en estos días, es la incapacidad del Continente para enfrentar la deuda contraída, perfilándose una situación colonial bien original, aunque consecuente con el sistema: neocolonialismo por hipoteca.

El pago de la deuda externa es un imperativo categórico de las grandes potencias del Norte con relación al Continente.

Las potencias mercaderes nos ofrecerán sus importantes orientaciones para poder solventar el problema: incremento del ahorro, modernización industrial, control del crecimiento de la población, y atracción de capital extranjero mediante concesiones y facilidades específicas. Con sus variantes, correspondientes a la actual situación, son los mismos consejos de ayer, que son los únicos que puede dar una sociedad mercantilista que cree en el desarrollo económico como panacea universal, al mismo tiempo que no está dispuesta a perder sus controles fundamentales.

Por ese motivo, los Obispos han denunciado que "desafortunadamente, en muchos casos, esto llega al punto que los mismos poderes políticos y económicos de nuestras naciones, más allá de las normales relaciones políticas, están sometidos a centros más poderosos que operan a escala internacional. Agrava la situación el hecho de que estos centros de poder se encuentran estructurados en formas encubiertas, presentes por doquiera, y se sustraen fácilmente al control de los gobiernos y de los mismos organismos internacionales" (DP 501).

En orden a mantener la suficiente estabilidad social necesaria en nuestros países para poder llevar adelante los programas establecidos desde el centro, ayer impusieron la rígida Seguridad Nacional, política represiva y denegatoria de los derechos de la persona humana. Hoy se vuelve a la promoción de las democracias formales bajo el signo del respeto a los derechos del hombre, pero no de la promoción de la dignidad de la persona humana, de las culturas y de los pueblos.

No podemos olvidar, sin negar su valor, que los derechos del hombre han surgido en el contexto de una cultura mercantilista, ideologizada por

el liberalismo capitalista. En realidad lo que establece son los derechos del hombre frente al estado y las limitaciones del estado frente a la libertad personal. Pero en muchas ocasiones se reducen a derechos formales y, no siempre tienen en cuenta todas las exigencias de la dignidad de la persona humana, de las culturas y de los pueblos. Un caso típico es la legalización del aborto en regímenes promotores de los conocidos derechos humanos. Y otro caso, trágico para América Latina, ha sido la elaboración y propagación operativa de la teoría de la Seguridad Nacional por países que habían firmado la célebre carta de la O.N.U.

b. *Previsiones de futuro en nuestras ciudades.*

Hasta el momento sólo es previsible que el flujo migratorio hacia las ciudades continúe su curso, dadas las exigencias de una progresiva industrialización del campo, en orden a incrementar su rentabilidad. Incluso la migración continuará incidiendo en las mismas ciudades, ya que tampoco se advierten horizontes en orden a la estabilización regional mediante política de polos de desarrollo.

Por otra parte, la rentabilidad de industrias y servicios impone cada vez más la sustitución del trabajo humano por el de la máquina lo que augura la época del desempleo, como ya comienza a suceder en el primer mundo. La única diferencia que se encuentra es que en los países del primer mundo es posible la disminución de los días y horas de trabajo, sin disminución en las posibilidades económicas del trabajador, e incluso el hacer frente a la seguridad social del desempleo. Sin embargo, en nuestras ciudades tenderá a incrementarse el paro encubierto y el desempleo manifiesto sin posibilidades previsibles de un sistema de seguridad social "ad hoc", supuestas las exigencias del ahorro.

III. La Evangelización en una Cultura Mercantilista Adveniente

El Documento de Puebla es lúcido ante la nueva situación, ya conocida en América Latina desde su mismo nacimiento, y afirma que la Iglesia "pone en cuestión, como es obvio, aquella *universalidad*, sinónimo de nivelación y uniformidad, que no respeta las diferentes culturas, debilitándolas, absorbiéndolas o eliminándolas. Con mayor razón la Iglesia no acepta aquella *instrumentación de la universalidad* que equivale a la unificación de la humanidad por vía de una injusta e hiriente supremacía y dominación de unos pueblos o sectores sociales sobre otros pueblos y sectores" (427).

Y de una forma positiva agrega: "La Iglesia de América Latina se propone reanudar con renovado vigor la evangelización de la cultura de nuestros pueblos y de los diversos grupos étnicos para que germine o sea reavivada la fe evangélica y para que ésta, como base de comunión, se proyecte hacia formas de integración justa en los cuadros respectivos de una nacionalidad, de una gran patria latinoamericana y de una inte-

gración universal que permita a nuestros pueblos el desarrollo de su propia cultura, capaz de asimilar de modo propio los hallazgos científicos y técnicos" (428).

Visiones lúcidas frente a una situación bien concreta y líneas generales para una evangelización los encontramos en estos párrafos del documento. Pero creo necesario seguir profundizando sobre el tema abriendo caminos que nos puedan orientar.

1. *Necesidad de una evangelización conjuntada.*

El enfrentamiento de la problemática de las ciudades latinoamericanas exige la conjuntación de dos pastorales de evangelización: la que se realiza en las poderosas potencias del primer mundo, y la que ha de realizarse en nuestro Continente y, más específicamente, en nuestras ciudades. La Iglesia se encuentra ante el tremendo desafío de conectar dos alejados campos de pastoral, pero que se condicionan, como se condiciona el presente y el futuro de las ciudades latinoamericanas por el desarrollo y la influencia de la cultura adveniente.

2. *La reevangelización del primer mundo.*

Recientemente Juan Pablo II lanzó el proyecto de la reevangelización de Europa. Oídas las palabras desde América Latina se amplía el horizonte a la urgencia de una reevangelización del Norte, en cuyo seno se ha originado y actualmente tiene la vigencia del poder la cultura de mercantilismo que, también desde el punto de vista religioso, se ha revelado como la cultura del secularismo.

Ahora bien, ¿cómo vemos desde América Latina una evangelización de Europa y una evangelización del Norte?

a. *Renovar la fe en el crucificado.*

Con frecuencia la preocupación que surge ante un mundo secularista es la inquietud ante un mundo que no cree en Dios, porque no lo necesita o porque le estorba. Pero la preocupación para el evangelizador auténtico es más profunda: la falta de fe en el crucificado, en el único en el que hay salvación y en el que definitivamente se ha desvelado el misterio de Dios.

La renovación de la fe en el crucificado ha de tener tres objetivos en la evangelización de las culturas metropolitano-mercantilistas del Norte.

El primero es el redescubrimiento del amor de Dios que "se hizo visible entre nosotros en esto: en que envió al mundo a su Hijo Único para que nos diera vida. El amor existe por esto: no porque amáramos nosotros a Dios, sino porque El nos amó a nosotros y envió a su Hijo para que expiase nuestros pecados" (1 Jn 4,9-10). Y "ahora hemos comprendido lo que es el amor porque aquel se desprendió de su vida por nosotros" (1 Jn 3,16).

Descubrir que Dios es Amor es simultáneamente el descubrir que el amor, con las características apuntadas en la Carta de Juan es el valor último que ha de determinar el dinamismo de una cultura: la civilización del amor en la que impera el ideal de comunidades y sociedades humanas no es el lucro enriquecedor y depredador sino la capacidad de entrega para el bien de los demás.

Consiguientemente, el segundo objetivo es el nuevo ideal de hombre que es necesario promover: "Ahora también debemos nosotros desprendernos de la vida por nuestros hermanos. Si uno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano pasa necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos, no amemos con palabras y de boca, sino con obras y de verdad" (1 Jn 3,16-18).

El tercer objetivo es la conversión de las culturas metropolitanas, tomado conciencia de quiénes han sido los asesinos y quién es el crucificado, como aparece en los discursos kerygmáticos de Pedro en los Hechos de los Apóstoles, para que pueda realizarse también la palabra de Juan: "Con esto queda realizado el amor entre nosotros, *porque nuestra vida en este mundo imita lo que es Jesús* y así miramos confiados el día del juicio" (1 Jn 4-17). Para alcanzar esta realidad es necesario el poner en práctica el "arrepentíos y convertíos para que se borren vuestros pecados" (Act 3,19).

Esto implica que las culturas metropolitanas, con relación a las "coloniales", tomen conciencia de su función agresiva: "matasteis al autor de la vida" (Act 3,15), "sin embargo, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia y vuestros jefes lo mismo" (Act 3,17).

Es importante recordar con San Pablo que la sangre de Cristo es nuestra paz, de tal manera que "de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad (...); para con los dos, crear en sí mismo una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, reconciliarlos con Dios *por medio de la cruz*, matando en sí mismo la hostilidad" (Ef 2,13-16).

b. *El apoyo a tres nuevas corrientes.*

La evangelización de la cultura septentrional del mercantilismo ha de saberse apoyar sobre las nuevas corrientes que se están originando y que someten a crisis muchos de sus presupuestos. Entre ellas sobresalen el ecologismo, el pacifismo desarmamentista y la fraternidad intercultural.

El ecologismo inaugura una nueva ética cosmológica, una responsabilidad y un respeto frente a la naturaleza, entendida como habitat del hombre, negando su reducción a mera mercancía y cuestionando la irresponsable postura depredadora del mercader que sólo piensa en el lucro, un lucro que ya amenaza incluso al propio mercader a quedar desprovista de un paisaje humano en medio de una naturaleza empobrecida y sin futuro.

El pacifismo desarmamentista es una de las corrientes más importantes contra el mercantilismo histórico, que ha constituido las armas y la guerra en mercancía, en garantía de las hegemonías, e incluso en el motor más importante de la circulación económica lucrativa.

Uno de los exponentes más característicos de este nuevo movimiento es la aparición de los denominados "objetores de conciencia", que han sido directamente apoyados por el Concilio Vaticano II.

La fraternidad intercultural es la negación del etnocentrismo, que ha sido hábilmente manipulado por el mercantilismo metropolitano con relación a los pueblos coloniales.

Es curioso el advertir como Hegel, en un contexto metropolitano, afirmaba que los procesos dialécticos de evolución socio-cultural se dan mejor en Europa donde predomina el uso de la razón en los asuntos humanos. Y Compté, en el acrítico apriori de un "darwinismo cultural", establecía que la superioridad de Europa depende del desarrollo mental y moral que ha producido la sociedad industrial donde predomina la mentalidad científica.

La fraternidad intercultural, que hoy tiene una de sus más típicas expresiones en la denominada "antropología comprometida", termina con el mito del "darwinismo cultural" y de las "culturas superiores", valora la existencia de una humanidad pluriétnica, promueve el diálogo entre las culturas y la crítica de sus antivalores por el contacto respetuoso. Fundamentalmente evidencia la falsedad del publicitado universalismo de la cultura occidental.

c. *La promoción del valor de la pobreza.*

En realidad, todas las corrientes anteriores no dejarán de ser meramente románticas, según mi juicio, hasta que la cultura del Norte, en un proceso de evangelización no llegue a incorporar el valor de la pobreza y de la pobreza activa, que constituye uno de los mensajes más revolucionarios del Evangelio en orden a la construcción del Reino de Dios. Sin embargo, no lo ignoramos, se trata de un mensaje que el solo pronunciarlo, promueve en este momento el escándalo y la irrisión. Nos olvidamos que el escándalo y la irrisión frente a la pobreza es el mismo escándalo y la misma irrisión que se tenía ante la cruz en la época de los Apóstoles.

aa. *Los mitos y los slogans del mercantilismo.*

La cultura del mercantilismo ha incorporado dentro de la sociedad un conjunto de slogans y de mitos operativos, que sólo el ponerlos en discusión promueven la sonrisa despectiva o el escándalo de los ambiciosos.

El ideal de hombre y de sociedad que se ha establecido es el "rico", es decir, el que tiene libre acceso, sin limitación de ninguna clase, a todo tipo de bienes y servicios, al mismo tiempo que retiene una seguridad absoluta con relación a dicho acceso. La respuesta a este ideal de hombre es "la civilización del consumismo", una de cuyas funciones es despertar continuamente en el hombre nuevas posibilidades consumistas e incluso desencadenar nuevas necesidades artificiales. De hecho, las personas más mimadas en la sociedad mercantilista son las que tienen más capacidad de consumo. Las corrientes políticas y los políticos más populares son los que ofrecen un mayor crecimiento generalizado de la capacidad de consumo.

En contraposición aparece la pobreza como un mal, y se la sitúa cuando la capacidad de consumo comienza a ser inferior a la medida que se ha establecido dentro de una determinada sociedad.

El mito del "hombre rico" y el antimito del "hombre pobre" imponen dos peligrosos slogans que son aceptados indiscriminada y acríticamente en la sociedad: "tener más" y "vivir mejor".

El "tener más" se identifica en la cultura con el "ser más". Se olvida que si un "cierto tener" y un "moderado tener" es una exigencia del ser, e incluso en circunstancias normales un condicionante del ser, sin embargo el indefinido tener más, cuando pasa una determinada raya se devuelve contra el mismo ser del hombre, al mismo tiempo que constituye a la ambición en el motor determinante de la acción del hombre.

Lo mismo sucede con el slogan del "vivir mejor", que ha oscurecido el mero principio del "vivir bien", y que incluso ha prostituido la palabra "bien", ya que hace olvidar las exigencias del "honesto vivir", que es el principio regulador de la convivencia humana. Y aquí nos referimos no sólo al individualista "honesto vivir" de cada persona, sino también de las sociedades, que mantienen la honestidad privada de sus componentes con la deshonestidad colectiva y societaria. Hoy, el hombre medio de las culturas metropolitanas, se siente satisfecho cuando advierte el indefinido "vivir mejor" en su propia sociedad, sin preguntarse por el origen y el precio de dicho crecimiento, ni en la relación que mantiene con los graves problemas éticos existentes entre el enriquecimiento del Norte y el empobrecimiento del Sur.

bb. *La pobreza como desafío y como valor.*

La pobreza, tal como aparece en el Evangelio, es el gran desafío frente a la cultura del mercantilismo y es la novedad salvífica que la Iglesia puede ofrecer a unos pueblos que hoy comienzan a sentirse preocupados ante el fantasma de un suicidio nuclear planetario.

Es interesante recordar que al iniciarse el movimiento mercantilista—que en el transcurso de los siglos se ha transformado en cultura—dialécticamente surgió el franciscanismo, promotor de una pobreza evan-

gética que, como ha interpretado Leclercq, se proponía como el camino de la fraternidad y de la paz.

En el Evangelio aparece la pobreza vista por los ojos de un pobre —Jesús—, como un instrumento y como un medio para la construcción de un mundo nuevo conforme a las exigencias del proyecto del Reino de Dios.

La pobreza evangélica implica, en primer lugar, una valoración de los pobres reales —es decir, de los que carecen de los bienes elementales—, que ilumina éticamente *el valor del compartir* frente al antivalor de la retención posesiva e inmisericorde de los bienes de este mundo (Mt 25,31-46).

Esto conduce al descubrimiento de *la pobreza activa*: se trata de la generosidad con los pobres sin miedo a compartir su propia situación: "Si quieres ser perfecto, véte a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo" (Mt 19,21), sabiendo que "hay más dicha en dar que en recibir" (Act 20,35).

Surge así una nueva jerarquía de valores, dominada por el principio de la prioridad del amor y de la comunidad, en la que es más importante Dios —el Dios de Jesús— que el dinero (Mt 6,24; Lc 16,13); servir que ser servido (Mt 20,28); salvar la vida —en su sentido más pleno y humano— que ganar el mundo entero (Mt 16,26).

Es a la *pobreza y a este tipo de pobreza* (Lc 6,20 y Mt 5,3) en la que Jesús afirma la presencia *ya* del Reino de los cielos, es decir, la visión de los auténticos y prioritarios valores, y la fuerza dinámica para poderlo instaurar en la comunidad humana.

Nos encontramos ante una nueva metodología de construcción de la convivencia humana radicalmente diferente de la ofrecida por la cultura mercantilista. Implica ver el mundo desde los ojos de los pobres; compartir sus mismas necesidades; desarrollar el mecanismo de la generosidad y del compartir; eliminar las ambiciones del indefinido "tener más" y el desarrollo de las necesidades artificiales; un descubrir lo que significa "vivir bien" con los hombres en contraposición de un "vivir mejor" en una tienda de mercancías.

La pobreza así entendida no es un sacrificio y una renuncia, sino una manera de realización plena de la persona humana. La pobreza deja de ser el estigma de la humanidad para transformarse en el camino que conduce al nacimiento de una nueva humanidad.

cc. *La pobreza evangélica como camino hacia la verdadera justicia*

Hoy existen en el Norte importantes corrientes que claman por la promoción de la justicia. Pero corren el peligro de interpretar esta noble aspiración en el contexto acrítico de la cultura del mercantilismo. Entonces se tiene como objetivo romántico la igualdad de oportunidades

de todos los hombres a los bienes y servicios que ofrece el cada vez más estimulante mercado de nuestra civilización.

En realidad, la conciencia de las limitaciones reales de nuestro mundo ha quedado anulada. En tales circunstancias la justicia y la promoción de la justicia sólo es posible por un modesto compartir entre todos la modesta riqueza del mundo, desarrollando el principio agustiniano "*molius est minus egere quam plus habere*".

Esto explica las desorientaciones que, con frecuencia, aparecen en los hombres de buena voluntad del Norte. No cesan de promover las posibilidades adquisitivas de los ciudadanos de las grandes potencias. Con relación al Sur intentan organizar ayudas del sobrante, y ofrecer orientaciones y apoyos para que alcancen su autónomo desarrollo. Pero lo que nunca se plantean es la conversión del Norte, es decir, la renuncia al poder adquisitivo alcanzado, la opción a "vivir peor" (?), la decisión por la pobreza como camino para instaurar la justicia.

Sólo la pobreza, tal como la ha desarrollado Jesús, es la posibilidad de desbancar la cultura mercantilista, inaugurando un nuevo tipo de cultura más evangélica y más humana.

d. *La acción de la Iglesia en la cultura del Norte.*

Una evangelización de la Iglesia en la cultura del mercantilismo, teniendo en cuenta las líneas apuntadas, no es fácil, y su tentación puede estar en una acomodación a las circunstancias que le corresponde vivir.

Pero es misión suya el *promover ambientes*, en los que renovada la fe en el crucificado, se comiencen a vivir los nuevos valores que muestren la figura y el modelo de un nuevo tipo de hombres y de comunidades.

Un puesto de vanguardia creativa les corresponde en este desafío a las comunidades religiosas por su compromiso de vivir radicalmente el Evangelio.

3. *La nueva evangelización de América Latina.*

También ha sido Juan Pablo II quien, ante la perspectiva del Quinto Centenario de la Evangelización del Continente, ha renovado el proyecto de un nuevo momento de Evangelización.

En realidad este proyecto ya está en marcha desde Medellín y Puebla. Pero es interesante recordar brevemente las líneas trazadas por los Obispos, teniendo en cuenta la incidencia de la nueva cultura adveniente y su repercusión en nuestras ciudades y en la progresiva desocupación del mundo laboral, que transforma la pobreza en agresiva y progresiva depauperación. Sólo trazo breves indicaciones.

a. *La promoción de la fe en el Resucitado.*

En el Documento de Puebla encontramos la trascendencia de esta fe para una América Latina que ha de ser alentada en su esperanza: "En el centro de la historia humana queda aquí implantado el Reino de Dios, resplandeciente en el rostro de Jesús resucitado. La justicia de Dios ha triunfado sobre la injusticia de los hombres. Con Adán se inició la historia vieja. Con Jesucristo, el nuevo Adán, se inicia la historia nueva y ésta recibe el impulso indefectible que llevará a todos los hombres, hechos hijos de Dios por la eficacia del Espíritu, *a un dominio del mundo cada día más perfecto; a una comunión entre hermanos* cada vez más lograda, y a la plenitud de *comunión y participación* que constituyen la vida misma de Dios. Así proclamamos la buena noticia de Jesucristo a los hombres de América Latina, *llamados a ser hombres nuevos* con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio para sostener su esfuerzo y alentar su esperanza" (DP 197).

b. *Impulsar las nuevas corrientes de América Latina.*

Las corrientes más importantes que aparecen en América Latina son las siguientes:

aa. *La integración progresiva del Continente* en orden a formar una gran patria latinoamericana (DP 428), capaz de enfrentar autónomamente sus propios problemas, dificultades y proyectos.

bb. *La afirmación de la propia cultura.*

Los Obispos en el Documento de Puebla han sabido distinguir con clarividencia entre la "cultura adveniente" y la cultura y las culturas autóctonas de América Latina. Al establecer esta diferencia se está afirmando que las culturas latinoamericanas, con sus limitaciones, no pertenecen al ámbito de la cultura del mercantilismo.

La cultura más generalizada es la mestiza-popular, que queda presentada de la siguiente manera: "esta cultura, impregnada de fe y con frecuencia sin una conveniente catequesis, se manifiesta en las actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, penetradas de *un hondo sentido de la trascendencia* y, a la vez, de la cercanía de Dios. Se traduce en una sabiduría popular con *rasgos contemplativos*, que ordenan el modo peculiar como nuestros hombres viven su *relación con la naturaleza* y con los demás hombres; en un *sentido del trabajo* y de la fiesta, de la *solidaridad, amistad y parentesco*. También en el sentimiento de *su propia dignidad, que no ven disminuida por su vida pobre y sencilla*". Es una cultura que, conservada de un modo más vivo y articulado de toda la existencia *en los sectores de los pobres*, está sellada particularmente por el corazón y su intuición. *Se expresa*, no tanto en las categorías y organización mental características de las ciencias, cuanto en la plasmación artística, en la piedad hecha vida y en los *espacios de convivencia solidaria*" (DP 413-414).

Si sometemos a esta cultura a un análisis comparativo es fácil el advertir que nos encontramos dialécticamente ante una cultura que es la negación de la cultura del mercantilismo. No se trata ni del liberalismo ni del colectivismo, que se reducen a ser dos expresiones dialécticas del mismo mercantilismo.

Pero se trata simultáneamente de una cultura que no ha tenido capacidad para crear sus propias estructuras económicas, sociales y políticas. El Documento de Puebla lo atribuye a una debilidad de la fe, dado que se trata de estructuras generadoras de injusticia. Pero, sin negar la validez de esta afirmación, es importante el observar que tradicionalmente la cultura septentrional del mercantilismo no le ha permitido generar sus propias estructuras. Es decir, nos encontramos ante un Continente en el que la cultura propia no ha logrado crear sus propias estructuras, sino que le han sido impuestas estructuras foráneas, metropolitanas, originándose una contradicción entre los ideales del pueblo y las estructuras que lo manipulan, lo que origina una falta de autonomía y de autodeterminación, un empobrecimiento progresivo y, como consecuencia, la aparición de ciertas patologías en la propia cultura original. Entre ellas sobresalen la incapacidad "de asimilar de modo propio los hallazgos científicos y técnicos" (DP 428), "la creación de megápolis que se tornan irremediabilmente inhumanas" (430), y una industrialización excesivamente acelerada que las actuales generaciones tienen que pagar a costo de su misma felicidad, con sacrificios desproporcionados (430). El resultado es "la situación de inhumana pobreza en la que viven millones de latinoamericanos" (29).

La afirmación de la propia cultura supone el rechazo de los modelos de vida propuestos por el mercantilismo del Norte, que han de ser sustituidos por propios modelos, y la orientación de una acción política original que se proponga la consecución de dichos modelos, teniendo en el horizonte como primer objetivo el desarrollo de una convivencia fraternal en el contexto de una *pobreza humana y digna*, pero que afirma la propia autonomía y libertad.

c. *La dignidad de la persona humana.*

Base cristiana y humana, que constituye punto central de la propia cultura latinoamericana y rechazo de la cultura mercantilista, es el desarrollo de la dignidad de la persona humana como supremo valor al que han de subordinarse todos los otros.

Esta dignidad adquiere más consistencia en la medida en la que se la privilegie en el pobre, en las comunidades pobres y en las naciones más pobres.

En la medida en la que logre primar este valor, América Latina podrá conseguir sus propias estructuras, su nueva organización del espacio y del sector laboral, y una nueva configuración de la vida muy diferente pero más humana que la de las grandes potencias del Norte.